

Entre monstruos



Elizabeth Cruz Madrid obtuvo la mención honorífica en la categoría de literatura infantil (en el género de cuento) del Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2013.

El jurado estuvo integrado por Margarita Robleda, Francisco Hinojosa y Gilberto Rendón.

Leer para lograr en grande

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

Entre monstruos

Elizabeth Cruz Madrid

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Entre monstruos

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Elizabeth Cruz Madrid, por texto

© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-362-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/97/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mis hermanos, por habitar mi infancia

A mi hija, por darme una infancia nueva

A mi madre, sinónimo de fuerza

A Demian Marín, por caminar a mi lado









Yo, Paola, conozco a la Llorona

Esta mañana ha sido la peor de todas. Ni siquiera quiso levantarse. Muchas veces he tenido miedo de ir a su cama, tocarla y descubrir que ya no despierta. Hoy casi fue así. Le hablé: “Mamá, mamá”. Llegué a temer que estuviera muerta. No estaba fría, pero a veces uno duda de cómo se ve un muerto. En ocasiones encuentro perros que duermen y creo que se murieron, luego se mueven. Así tuve miedo hoy. Un miedo injustificado, sí, pero es que siempre tengo pavor de que se muera...

Después de un rato mi mamá me contestó que la dejara descansar. Me pidió que agarrara el chocolate de la alacena para llevármelo a la escuela. Ni siquiera me miró. Ya había tenido miedo de que se hartara de mi hermanito y de mí porque a diario la veo despertarse y hacer nuestros almuerzos cansada y de mal humor. Y mientras corta la cebolla, se pone a llorar.

Cuando le pregunto por qué tiene los ojos enrojecidos, ella dice que la cebolla la hizo llorar, pero ese llanto tan hondo, que sale desde el fondo del estómago, no lo puede



provocar la cebolla, sino una tristeza tan grande que invade el cuerpo y crece cada vez más. Sólo se llora así por un dolor como globo que se infla oprimiéndote el pecho; y lo único que puedes hacer es suspirar y soltar gruesos lagrimones. Es como si la tristeza te sumergiera en una piscina y tú sólo trataras de salir a flote y respirar.

Mi mamá llora y llora, aunque cree que no nos damos cuenta. A veces murmura: “Si no fuera por mis hijos”, y yo no sé cómo completar la oración ni qué tengo que hacer para que sea más feliz.

Sé que mi mamá hace un gran esfuerzo por estar bien. Cuando nació mi hermanito no quería amamantarlo ni verlo. Todos decían que estaba deprimida. Yo, debo admitir, sentí coraje contra él, porque pensé que había puesto enferma a mi mamá. Luego papá me explicó que no era culpa de mi hermanito, que era por algo en el cuerpo de mi mamá, una substancia, como veneno, que debía salirse de ella. Mientras, teníamos que ser pacientes y esperar y querer y cuidar a mi hermanito, porque era pequeño y nos necesitaba. Desde entonces yo me preocupo mucho por él y trato de que no esté triste cuando mi mamá no nos hace caso. Sé que a él le hace tanta falta como a mí. Tal vez más.

En ese tiempo que estaba deprimida, mi mamá no quería ni bañarse ni ver a nadie. Me sentí abandonada. Se veía mal. Siempre en camisón y con el cabello enredado. La llevaron a un doctor y mejoró, pero no sé qué tanto, porque ha seguido triste. Ojalá que no se vuelva a poner como entonces. Creí que estaba mejorando, pero hoy tampoco quiso despertarse.

En general está menos grave, eso sí, porque la mayor parte de los días, a pesar de su flojera se levanta y nos da de comer, nos hace el lunch. Cuando

nació mi hermanito no le interesaba nada, más que estar en cama. Ahora lucha con esa tristeza que es como una piedra grande que está todo el tiempo a punto de caérsele sobre la cabeza. Tengo miedo de que la mate, de que le caiga irremediamente y yo me quede sin mamá. De que un día ya le importemos tan poco que ni siquiera se levante para cocinar mientras llora. Que ya ni siquiera ponerle mucha cebolla a todos los platillos, y llorar mientras lo hace, le ayude a seguir viva y fingir que no pasa nada.

Hoy fue un poco así. Hoy no se levantó. Hoy no me peinó. Cuando me peina, a veces me da tirones, pero luego me acaricia el pelo como si me pidiera perdón. En mi mamá se combina su tristeza y enojo con su cariño y afán por cuidarnos. Veo en el espejo que me sonrío. Pero es una sonrisa pequeña. Tan pequeña que parece levantada por un enorme esfuerzo.

A mi mamá podrían decirle la Llorona, porque llora a cada rato en los rincones, cuando cree que no la vemos. También la he oído llorar en las noches, cuando supone que dormimos. Y a veces nos menciona a nosotros, a sus hijos, como si fuéramos su único motivo para tratar de ser feliz. Yo he querido



saber qué le pasa. Se lo he preguntado, pero insiste en decir que picó mucha cebolla y por eso tiene los ojos rojos. Enseguida se escabulle a la cocina para picar y picar más cebolla y se la echa toda a la comida. Mi casa huele a cebolla, huele a la tristeza de mi mamá. No me gusta comer sus platillos porque siento que me estoy comiendo su amargura.

Ahora veo este chocolate, tan dulce, y sin embargo me recuerda que mi mamá está más triste que nunca, porque no fue capaz de levantarse y hacerme un sándwich lleno de cebolla. Creo que hoy preferiría la cebolla si así le ayudara a escapar de su tristeza, si me comiera tantito de eso que la hace sufrir. En cambio este chocolate me hace pensar que yo disfruto mientras ella está sufriendo. Y tengo miedo. Tengo miedo de llegar a casa y no encontrarla. Tengo miedo de que nos olvide, de que no seamos un motivo. Tengo miedo de que decida dormir para siempre, porque cada día parece costarle más trabajo despertar.



Yo, Frank

Vi a la “señorita perfección”. Era la única que no comía su almuerzo, aunque fuera un apetitoso chocolate. *¿A quién le dan un chocolate de esos caros, re-*

llenos de cacahuete, para que se lo coma en el almuerzo? Sí que tiene suerte, pensé. Aunque ese día la Colitas se viera tan descuidada. Parecía un guiñapo. “La muñeca fea”, le tararee. Tenía el cabello suelto, por primera vez. Tal vez se le hizo tarde y su mamá no pudo hacerle las clásicas coletas de niña ñoña que lleva siempre. Es una boba, aunque hoy se veía triste. Pero ella no nos mira porque se cree mejor. Es una presumida.

Por eso Luis y yo nos burlamos de ella. Aprovechamos que la niña de perfecto peinado andaba por primera vez con el cabello suelto y enredado. “Pobre, imaginamos la tragedia que es venir a la escuela sin peinar”, le dijimos entre risas. Como era una ocasión única, no pudimos dejar de señalarla y hacerle notar que parecía un fantasma. “La Llorona loca”, le dijo Luis.

Y creo que sí es llorona. Quién sabe por qué, mientras estábamos en el receso, no comió nada y de pronto parecía tener ganas de llorar, pero se aguantaba. Quién sabe por qué. Bueno, no sé si quería llorar por lo que le dijimos. En particular cuando Luis le mencionó lo de la Llorona: “Ja, la Llorona llora porque le dicen que llora”. ¡Parece trabalenguas! Y no se comía el chocolate. Si fuera mi amiga le habría pedido que me lo regalara, pero casi no le hablamos porque es muy fresca.

Se hace la perfecta, la tocada por los dioses. Cuando Luis y yo le dijimos de cosas por estar despeinada, nos miró como si fuéramos un par de tontos que no valían la pena. Pero no dejamos de insistir. Cinthia, Endi y Juan sólo escuchaban sin participar, aunque de pronto asomaban una sonrisilla, escondida entre las mordidas a sus tortas y galletas. A todos, eso creo, nos atraía la idea de ver a Paola fuera de sus casillas, así como su pelo estaba fuera de sus coletas.

No sé si por eso le dieron más ganas de llorar. De pronto los ojos le tintinearón como las gotas que cuelgan de los árboles después de la lluvia. Se me antojó sacudirla para que chillara de una vez o quitara su cara de compungida. Y ella seguía fingiendo que no le importaba lo que le dijéramos. Fue cuando me di cuenta de que apenas pudo contener las lágrimas, aunque seguía como ida. Pude molestarla más, pero decidí callarme. Creo que hasta me sentí un poco arrepentido de molestarla. Fue cuando me dio de nuevo por pensar que yo era un monstruo.



Yo, Paola

Frank y Luis me molestan por estar despeinada. Son unos tontos. Como si el peinado importara... Estoy harta de estos niños que se creen más inteligentes y perspicaces. Se hacen los graciosos. ¡Me chocan! Y todos son iguales.

Cuando acepté integrarme a este grupo de coro fue por cantar, porque me gusta la música, pero no creí que tendría que convivir con estos tontos de mi salón, que piensan que son más listos que yo. En general intento no hablarles. Les interesan cosas que a mí no me gustan y sólo se preocupan de videojuegos y cantantes. Yo tengo otras cosas en qué pensar. Eso sí, la fresa soy yo,

dicen. Sólo porque dejo que mi mamá me peine con coletas. ¡Cómo me habría gustado que hoy me peinara!

Frank y Luis se ríen de que esté despeinada. Y esa niña, Cinthia, está ahí al lado, muy cómoda. Ni les dice nada. Nadie me ayuda. Estos niños son egoístas. Ven cómo los otros me molestan y se quedan mirando y comiendo su torta, indiferentes. No sé si podré hacer amigos aquí. No sé si estaré contenta en este coro. Me gusta la música, pero no mis compañeros.

En el salón los ignoro porque no tengo nada que ver con ellos, pero aquí, como estamos sólo los seis, no me queda más que soportarlos. Ojalá pudiera contar a alguien lo de mi mamá. No puedo ni siquiera decirle a mi papá porque tengo miedo de que la deje y no vuelva. Él a veces también parece harto de todo.

Y ahora Frank y Luis se burlan de que no me quiera comer el chocolate. ¿Cómo voy a comérmelo? No tengo hambre y este chocolate me recuerda la tristeza de mi mamá. Nada es tan bueno como parece.



Yo, Cinthia, conozco a la Bruja

Mamá se peleó de nuevo con las vecinas. Me dio miedo que la lastimaran. Quise meterme para defenderla, pero también sentía feo ponerme en contra de doña Rosa, quien siempre me echa una manita por las tardes. Aunque no fue doña Rosa la que agarró de las greñas a mi mamá, sino Clara, porque es una metiche. Pero doña Rosa es amiga de Clara y juntas hablan mal de mi mamá.

Mi mamá se da cuenta y se enoja. Por eso hoy, cuando murmuraron cosas mientras iba pasando, de vuelta del pan, se volteó para decirles también sus verdades. Entonces Clara, como si estuviera muy ardida, la agarró de los pelos. Hasta eso doña Rosa le decía a doña Clara que la dejara por mí, porque yo estaba viendo todo. Cuando las separaron, doña Rosa regañó a mi mamá diciéndole que mejor ella se preocupaba por mí, por mi bienestar; no que ella se desgreñaba en el patio sin importarle que yo la viera.

—Y ve más cosas —dijo otra por allá.

—Sí, qué mal ejemplo —mencionó una más.





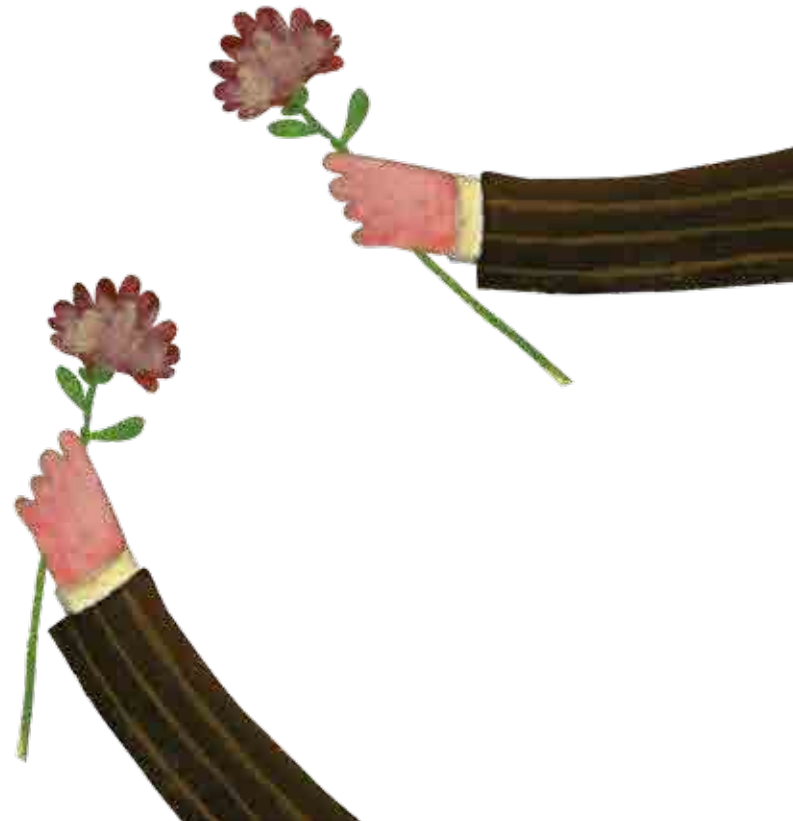
Yo lloraba. Mamá me agarró de la mano y me jaloneó para meternos rápido a nuestro departamento. Dentro de la casa se puso a hacer mi torta. Estaba furiosa. No me atreví a decirle nada. Me daba miedo, pero también quería pedirle que no se preocupara y que yo la quería. No pude porque también estaba avergonzada. No sé si soy una traidora.

Las enemigas de mi mamá son mis amigas. Seguido me invitan a comer, me dan un pan y me preguntan si estoy solita. Yo me dejo consentir y creo que hasta me hago la que sufro mucho para conseguir sus favores. La señora Leti, cuando le compra paletas a sus hijos, me da una a mí también, si me ve cerca de la tienda. Yo trato, claro, de estar cerca de ahí. Luego doña Rosa me ve y me pregunta qué hago todo el día en la calle. Después niega con la cabeza y dice como para sí, pero también como si me dijera a mí, porque la oigo: “Ay, valiente mamá la que le tocó a esta chiquilla”. Me pregunta si ya comí, y cuando le digo que mi mamá dejó bisteces en el refri para que me los haga, decide invitarme a comer, y la verdad es que cocina rico. Lo malo es que mientras como la oigo hablar mal de mi mamá con su hija. Dice que es una mala madre y que prefiere “andar de loquilla por ahí” que venir a atenderme. Pero eso no es cierto, mi mamá trabaja. Trabaja todo el día porque no tiene quién más le ayude.

A veces le pide algún favor a mi abuelita, pero ella lo hace de mala gana y le reclama por haberme tenido sin que yo tuviera papá. No sé por qué todos atacan a mi mamá por eso. Con frecuencia le dicen Bruja. Las señoras la odian porque piensan que ella prefiere andar trabajando o en otras partes que atenderme, pero mi mamá tiene que trabajar y yo estoy orgullosa de ella.

Mi mamá también tiene novios y eso tampoco les gusta a las vecinas.
Dicen que es una “loca”, pero yo pienso que mi mamá tiene derecho al amor.

Tiene derecho a alguien que la quiera. Yo sé que mi mamá no es perfecta. Luego se enoja cuando tiene que lavar ropa o ir al mandado, pero las vecinas no son mejores que ella. Tienen sus maridos, pero se pelean todo el día con ellos y también les gritan a sus hijos. No sé por qué piensan que son mejores.



A mí me duele que ataquen tanto a mi mamá. Parece como si quisieran quemarla en leña verde, como leí que hacían los de la Santa Inquisición con quienes acusaban de brujos en los tiempos de la Colonia, pero también leí que cualquiera podía acusar a otra persona de hacer maldades, sin pruebas. Pienso que la gente es muy injusta y mala. Nadie conoce realmente a mi mamá. Yo sí la conozco y la quiero. Nunca podría decir que es mala ni que es bruja.

Tengo miedo de que ella me deje de querer cuando se entere de que me la paso con las vecinas que la odian. No sé si pensará que soy una traidora. No quiero serlo, pero las vecinas también son buenas conmigo. No sé por qué siempre todos debemos ser malos de alguna forma para complacer a los demás.

Ahí está Frank siempre molestando, y Luis haciéndole segunda. Ahora están fastidiando a la Colitas porque viene despeinada. Es cierto que se ve fatal. Bueno, es que como estamos acostumbrados a verla siempre con su peinado..., pero ahí están ellos, en su afán de ser



malos, y lo peor es que piensan que son graciosos y populares por eso. Luego de decirle de cosas nos voltean a ver a los demás con orgullo, como si esperaran aplausos por sus ocurrencias.

La niña no dice nada y hace bien. Yo no la defiendo porque no me gusta defender a nadie. Bueno, ni siquiera defiendo a mi mamá de las vecinas. No sé si eso me haga traidora y malvada...



Yo, Frank

Cuando vi los ojos de Paola ponerse rojos pensé que era malo y decidí dejarla en paz, pero luego Luis le preguntó en un tono de burla si no se comía el chocolate porque ella sólo quería caviar, y no pude resistir la tentación de fastidiarla de nuevo. Creo que sí soy malo. Y si lo soy, ¿pues qué puedo hacer? Así soy.

Pero en eso salió la colombiana haciéndose la heroína.

—Ya cállate. ¿No sé por qué se creen con el derecho de andar molestando?

—¿Y tú qué? —le contesté—. Tú ni tienes derecho de estar en este país.

Vete a tu rancho.





Yo, Endi, conozco la Guerra

Pues fíjese que sí, que tenía un rancho y muy bonito, respondí en mi mente cuando ese niño fastidioso y grosero me dijo que me fuera a mi rancho y a mi país, pero no le dije nada en voz alta, hasta después de unos segundos.

—Ya quisiera usted tener un rancho, fíjese —le contesté.

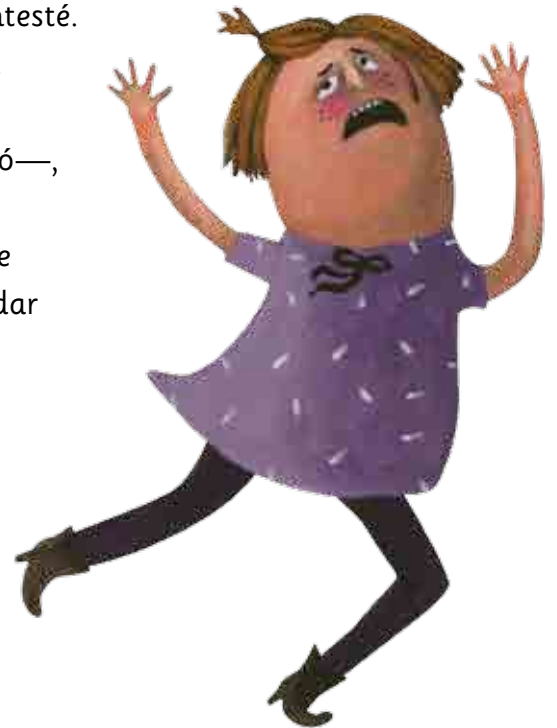
Y su amigo, el otro bobo, se burló del “usté” y del “fíjese”.

—¡Mira cómo te respeta la colombianita! —señaló—, hasta te habla de usted.

—Respeto es lo que a usted le falta. Estoy harta de gente de su calaña, que se cree con el derecho de andar molestando a los otros —grité sin poder contenerme.

—Pues yo puedo porque estoy en mi país —contestó Frank.

Los mexicanos siempre dicen lo mismo, a veces es duro ser extranjero. Es como si anduvieras



pidiendo permiso todo el tiempo de estar en esa tierra en la que no naciste. ¡Cómo extraño Colombia y mi pueblo!

Tal vez no debí meterme cuando molestaron a Paola, pero no me gusta que la gente sea abusiva, y Frank y Luis estaban a punto de hacerla llorar. Yo no le hablo mucho, no es mi amiga, pero me pongo como tigre cuando veo que los abusivos le hacen la vida pesada a otros. Tal vez porque así nos pasó a nosotros. Por gente abusiva me quedé sin mi rancho y sin mi país.

—Vete a cacarear a otro lado —dijo Frank.

Pero ya casi no lo escuchaba. Estaba muy molesta porque recordé lo injusto que es que alguien venga y te quite todo lo que es tuyo.

—No te preocupes, gracias. A mí ni me importa lo que digan —me dijo Paola y me sonrió.

Dejaron de molestarla y de pronto hubo un silencio. Yo me quedé recordando la guerrilla. Frank y Luis serían guerrilleros, supuse, o militares en Colombia. No importa, los dos bandos se tiran balas sin importarles que las personas queramos vivir en paz. Ellos no dejan tranquilos a los demás, son como este par de gañanes.

Allá en el pueblo de donde soy, llegaron un día unos hombres armados. Fueron a mi casa. Un soldado habló con mi hermano el mayor, le mostró su arma. Le preguntó si quería aprender a usarla. Luego le dijo que si se unía a su tropa iba a ganar un buen billete. Y mi hermano, a los pocos días, se fue con él.

Lo volvimos a ver en una ocasión, nada más, un día que pasó por el pueblo. Yo escuché cómo le contó a mi papá lo mal que lo pasaba. Ya no podía salirse del ejército. Si se escapaba, lo iban a matar, por desertor. Ya de por

sí habían matado a algunos de sus compañeros porque quedaban heridos en los entrenamientos. Mi hermano se veía mal, parecía que sufría. A mí me dio coraje que él no pudiera irse de ahí. Sobre todo porque también confesó que había tenido que dispararle a unas personas. Y las personas no eran malas, era gente normal.

Yo no sabía si enojarme con mi hermano o tenerle lástima. Me dio mucha rabia lo que hizo, pero me hice la que no sabía nada. Además no había sido su decisión. Luego mi hermano se fue y unos meses después hubo un enfrentamiento ahí donde vivíamos. El ejército combatió a los guerrilleros y volaban las balas. Nosotros nos metimos a la casa, nos escondimos debajo de los muebles y sólo se oían disparos. Al final se fueron, pero mi casa quedó toda destruída, con los vidrios rotos.

Lo peor fue cuando vinieron de nuevo hombres uniformados y se llevaron a mi papá. No volvimos a verlo. Yo lloré mucho. Creo que eso fue lo peor que me pasó. Pero lo triste es que esa pesadilla no acababa nunca. La Guerra es un monstruo. O más bien los bandoleros éstos. Yo rogaba cada día para que no se nos aparecieran, pero sí regresaron, dijeron que necesitaban nuestras tierras de cultivo y que si no las cedíamos se iban a llevar a mi hermanito más pequeño al combate.

Fue ahí cuando nos entró mucho miedo, sobre todo a mi mamá, porque la Guerra ya nos había quitado a mi



hermano el mayor y a mi papá. Pero no teníamos adónde ir. Yo a veces sueño con todo eso y me dan muchas pesadillas. Sueño que regresan los guerrilleros, que me buscan, que salen como un monstruo debajo de la cama. Nosotros terminamos huyendo. Una noche nos fuimos para Bogotá, con una amiga de mi madre, pero ahí no nos podíamos quedar por mucho rato.

Mi mamá le preguntó a una hermana que tenía acá si nos ayudaba, y así, de la nada, nos vinimos para México. La Guerra me quitó mucho: a mi papá, a mi hermano, mi casa, mi rancho y hasta a mi perro, mi Willy, a quien quería tanto, pero no podíamos traerlo. Tuve que dejar al pobrecito ahí, abandonado en el pueblo. Nada más agarrado de un lazo, para que no nos siguiera. Y cuando pienso que fue sólo por la voluntad de unos que quieren pelearse sin importar lo que queramos los demás, me da harta rabia. Por eso no soporto a los buscapleitos.



Yo, Frank

Endi, la colombiana, de la nada me miró con rabia, y no me atreví a decir ni pío. Pude haberme vengado de que me peló los ojos, burlándome de su modo de caminar. Así aprendería a respetarme y a no ser metiche, pero no soy tan

malo. Me callé. Todos estaban callados. Se hizo un silencio incómodo. Ya ni Luis abrió el pico.

Noté que Paola dejó de parecer ida, se le quitó lo rojo de los ojos y miraba a la colombiana como si de pronto la quisiera mucho. Me extrañó, ni amigas eran, pero supongo que le gustó que saliera a defenderla de nosotros.

Me pregunté si yo soy tan malo como para que Endi me odiara de esa forma, porque se había puesto muy rabiosa y quería matarme con los ojos. No sabía que la Colitas le doliera tanto como para que quisiera golpearme por haberla molestado. De pronto me pareció que Endi no tenía derecho de mirarme como si fuera un villano. Parezco malo, pero no soy tan malo. No podría llegar a matar gente o hacerle cosas feas. Yo sólo molesto por echar relajo, por diversión. Me enojó que Endi creyera que soy tan malo. Entonces, en secreto, le pregunté a mi amigo Luis:

—¿Tú crees que soy muy malo?

Él volteó a verme extrañado y me contestó que no, aunque dudó, como si no supiera qué responder, o incluso si creyera que yo esperaba que me contestara que sí. Luego, todos seguimos comiendo nuestras tortas. Bueno, menos Paola, que en vez de torta trajo un chocolate. Vi que lo sacó de su envoltura y comenzó a partirlo. Me pregunté si era tan fresa que se lo comería en pequeños pedazos, como si fuera carne en un tenedor.



Yo, Paola

Al final no todos son tan indiferentes. Endi me defendió de Frank y Luis, que ya me tenían cansada. Aunque intenté no hacerles caso, me entraron muchas ganas de llorar, porque estaba acordándome de mi mamá, y ellos diciendo que yo sólo quería caviar y me preocupaba mi peinado. Para nada. Pero no tengo por qué explicar lo que me pasa a esos tontos. Lo malo fue que me dieron ganas de llorar y no quería que me vieran así. A mí no me gusta llorar ni que piensen que soy débil. Y no sé por qué iba a llorar, normalmente me aguanto.

Me conmovió que me defendiera la colombiana. Me arrepentí de que antes sólo la hubiera visto como un bicho raro desde que llegó al salón, y no sólo porque es de otro país y habla diferente, sino porque cojea de una pierna.

Creo que se vino por la guerra, y hasta creo que por la guerra quedó mal de su pierna. Después de todo creo que ella la ha pasado más mal que yo y se ve muy fuerte y dispuesta a seguir adelante. Fue muy valiente al defenderme de Frank y Luis, no que a los otros ni les importaba que me trajeran de “su cochinito”. Creo que no vale la pena estarme lamentando. Cuando regrese

a casa veré qué puedo hacer por mi mamá. Mientras tanto estoy partiendo este chocolate para comerme un pedazo y darle otro a Endi. Tal vez podamos ser amigas.



Yo, Cinthia

Endi defendió a la Colitas. No sé por qué. No son amigas. Tal vez no se necesite ser amigo de otro para defenderlo. Y si eres su amigo, tal vez debas defenderlo con más razón. Y si eres de su familia... Tal vez deba defender a mi mamá de las malas lenguas.

Endi salió en defensa de Paola como toda una guerrillera. Bueno, es que ella debe estar acostumbrada. Dicen que donde vivía estaba la guerra. Creo que ella hasta peleó. Me imagino que en una guerra te preocupas mucho por las personas que quieres y tratas de protegerlas para que no les pase nada.

Tal vez Endi ha aprendido a proteger a otros y a ella; y no necesita quererlos.

Defendió a Paola porque le pareció injusto que Frank y Luis le estuvieran cargando tanto la mano. Tal vez debo defender a mi mamá. Quizá si la gente se hubiera opuesto a las injusticias de la Santa Inquisición se hubieran impedido muchos castigos crueles.



Yo, Luis, conozco al Hombre lobo

Frank me preguntó si era malo. No, la maldad es otra cosa, supuse, y me quedé reflexionando en que tal vez no sé qué sea la maldad. Creí saberlo, pero no sé. Me pregunté si mi papá era malo o sólo es como es porque es su naturaleza.



El otro día tomé la botella y la levanté hacia el foco para examinarla mejor. Quería saber qué pasaba. Al fondo de ella había un círculo de luz que parecía luna llena. Comprendí por qué mi padre, silencioso y serio, se convierte en un ser rabioso que grita y pelea cuando toma de la botella. Sus gritos son aullidos de Hombre lobo, al fin comprendí: mi padre tiene dentro de sí mismo a dos personas.

A pesar de descubrir qué provoca su transformación y tratar de entenderlo, no me siento mejor con él, porque mi padre, aun cuando no se haya bebido la luna de la botella, es raro. Sus constantes cambios de humor me hacen tenerle miedo, no confiar en él. Cuido mis pasos cuando



estoy cerca para pasar inadvertido. Quiero ser silencioso para que no note mi presencia y me ataque.

Sin embargo, no le tengo miedo cuando riñe a mis hermanos o a mi mamá. Entonces yo mismo, como si fuera un lobezno con profundo instinto de manada, me lanzo contra él; como Endi hizo hoy para defender a la Colitas, aunque ella creo que ni es su amiga.

Después de atacar a mi papá siento remordimiento, porque recuerdo que es mi padre y que en la iglesia me dicen que debo amarlo, que a un padre se le ama y se le respeta, pero ellos no saben el secreto que guarda mi familia. Desconocen que mi padre, cada luna de botella, se convierte en un monstruo, entonces todo son azotes de puertas y peleas que laten agitadamente en mi corazón. Luego me visto de un profundo silencio cuando alguien en la calle o en la escuela me pregunta por él. “No sé de su paradero”, les digo, aunque sospecho que en ese mismo instante está sentado en el sillón, bebiendo su botella.

Cuando, dentro de las preguntas normales, los chicos del salón quieren saber quién es mi papá, porque nunca lo han visto, qué hace y a qué se dedica, yo no puedo decirles que de tanto en tanto se transforma en monstruo y que mi familia y yo apenas podemos contener su furia. Ni siquiera se lo puedo decir a Frank, y eso que es mi mejor amigo. Y es que Frank es muy burlón y no quiero que se ría de mí.

Me la paso temiendo que en la escuela descubran un día a mi papá, cuando su transformación ocurre en la calle. Me da miedo que los demás lo vean y sepan que es un monstruo. Mi papá, cuando es Hombre lobo, sí parece



malo, pero no lo es, creo. Él sólo sufre los efectos de ser quien es. No puede evitar transformarse. No puede evitar buscar la botella de alcohol. La olfatea hasta llegar a su encuentro, aunque mi mamá se la esconda.

Mi papá no es malo, aunque da la impresión de serlo cuando se vuelve Hombre lobo y grita y se mueve como bestia. Entonces nosotros debemos ser malos con él, porque... ¿cómo haces para contener a un monstruo?, ¿cómo lo escondes o lo calmas, sobre todo si es tu padre? No es como en las películas que te puedes enfrentar a los monstruos como si fueras un héroe y derrotarlos. A un papá, aunque sea un Hombre lobo, no se le puede querer vencer.

Por eso, cuando sin pensar demasiado tengo que lanzarme como lobezno contra él para defenderme a mí o a mis hermanos, luego siento un profundo remordimiento y temo haberlo lastimado. En esos momentos soy yo el que se pregunta si soy malo. Me siento culpable, así que lo espío, esperando que se transforme de nuevo y abandone su estado de bestia para saber si está bien. Y para mi sorpresa, cuando se recupera de su cambio, parece no recordar nada. Entonces me consuela creer que no le hice daño, que ni se enteró, aunque al mismo tiempo me enoja saber que en su amnesia tampoco recuerda el daño que él nos hace.

Es difícil vivir con mi papá y sus transformaciones. Cuando se convierte en animal, come dejando restos de sus alimentos por toda la casa. Incluso se hace pipí o popó sin control, y tenemos que limpiarlo. También se vomita. No sé si soy malo por enojarme todas las veces que debo limpiar lo que hace.



Saber de mi papá y su naturaleza de monstruo me provoca el ansia de ocultarme ante los demás para que no lo descubran, para que no me descubran, para que no quieran hacerle daño, para que no me lo hagan a mí, burlándose. Fue así que me fui llenando de silencio, incluso con Frank, o tal vez con más razón con él, porque es muy burlón.

Cuando otros niños tocan el tema de los padres, yo no digo nada. Tanto, que todos empezaron a creer que soy huérfano. A veces yo mismo quiero creer que soy huérfano, porque me parece mejor no tener papá que tener un papá monstruo. Me digo a mí mismo que no tengo papá, porque al final de cuentas él nunca viene por mí a la escuela ni juega béisbol ni me regaña si me porto mal, como hacen otros padres con sus hijos. Es más, ni siquiera sabe qué me pasa. Mientras está hecho Hombre lobo sólo hay lugar para su furia y no razona nada; después del efecto está tan agotado de la fuerza que le tomaron sus ojos que no le quedan ánimos para saber de nadie ni preguntar nada. Fue así como fue olvidando quiénes éramos mis hermanos y yo. De pronto ya no recuerda nuestras fechas de cumpleaños ni quién es el mayor.

Estoy lleno de silencio. Pienso que cerrar mi boca es como si cerrara la puerta de la casa y encerrara al monstruo que guardo para que nadie lo vea. El mío y el de mi padre, porque yo mismo me he descubierto lobezno cuando me enojo con él y no me reconozco. Estoy seguro de que también me transformo, aun cuando yo no necesite de la botella para hacerlo.

No quiero que nadie sospeche de la naturaleza de Hombre lobo de mi padre ni de la mía. Pretendo ser normal, porque pienso que ser hijo de un monstruo me hace ver terrible.

Pero un secreto pesa, y cuando actúas tan extraño ante actividades normales para los otros, como ir a casa de amigos o hablar de la relación con los papás, los demás se dan cuenta de que escondes algo y les da miedo, o tal vez sólo repulsión, porque no eres igual. “La gente que esconde algo es digna de desconfianza”, creen. No de admiración ni de comprensión, como pasa en las películas.

Yo no puedo invitar a nadie a mi casa, ni para hacer una tarea, porque temo que al abrir la puerta mi padre esté en su estado de monstruo y comience a gruñir y asustar a mis invitados. Si al abrir la puerta está en su estado humano, tampoco puedo estar tan tranquilo, porque sospecho que en algún momento tendrá necesidad de beberse la luna y ser un Hombre lobo. Parece que para él es más fácil ser así, vivir así, y entonces no le importa nada. A él no le da vergüenza que los demás descubran su otro yo. A mí sí. No se da cuenta de cómo nos asusta. Yo muchas veces me escondo debajo de las cobijas ansiando que la oscuridad sea una cueva que me aisle de todo.

Como en una guerra, vivir con un Hombre lobo te hace tener el corazón agitado, como si fueras un ciervo que debe escapar constantemente de una cacería. No sé si por eso mismo yo me he vuelto feroz y me pongo a gruñir a todos los que se me acercan. Creo que así debo defenderme.

Me gustaría encontrar una cura para mi papá, un elixir que lo haga olvidar para siempre sus ganas de beber lunas, porque cuando no las ha bebido se mueve como si estuviera encerrado en una jaula, con desesperación, buscándolas. Hay quienes han dicho que mi papá fue hechizado por una bruja y que desde entonces se convierte en Hombre lobo. Cuando pienso en eso quiero

encontrar un mago que deshaga el hechizo. Pero en realidad no hay cura. Al menos no de parte mía ni de mi mamá ni de mis hermanos, ni siquiera de los científicos. Me han dicho que la cura depende de él. De contener y olvidar sus ganas de ser Hombre lobo.

Aunque también, cuando pienso en mí, comportándome como lobezno, temiendo ser Hombre lobo, me pregunto si mi padre no será siempre quien es sin poder ser otro. Tal vez él no puede evitar necesitar esa luna que descubrí, y le aúlla desesperado cuando no la tiene. Tal vez nunca deje de transformarse porque es parte de su naturaleza. Él sólo sabe ser así. Es más, ese es él: esas dos personas que lo habitan.

No es fácil ser el hijo de un Hombre lobo. Sobre todo porque sabes que la gente sospecha que los hijos de hombres lobos cualquier día se transformarán en uno.



Yo, Frank

Luis estaba callado, como todos. No pensé que a él le impresionara tanto que Endi nos echara pleito, pero parecía niño regañado. De pronto, sorpresivamente, me repitió:

—No, Frank, tú no eres malo. Hay verdaderos monstruos que ni se notan, pasan desapercibidos. Que tú seas burlón no te hace malo. Hasta podría decir que son peores los que andan fingiendo ser muy buenos y nadie los conoce de verdad.

—Sí, hay personas que parecen monstruos y no lo son. Y nada más la gente cree que lo son por su apariencia —agregó Juan, metiéndose en la conversación que teníamos Luis y yo, el muy metiche.

Sospechamos que lo decía por su papá, pero era un tema que preferíamos no tocar. No sabíamos qué decir al verlo. Y hay cosas de las que no me burlo; es más, que ni menciono. Me iba a hacer el loco, como si Juan no hubiera dicho nada, pero luego me atreví a preguntar para aprovechar que él había puesto el tema en bandeja de plata y para desquitarme de que se hubiera metido en nuestra conversación:

—¿Y por qué tu papá está así?

Juan no preguntó a qué me refería, porque todos sabíamos cómo estaba su papá: completamente deforme; sólo respondió:

—Sufrió una descarga eléctrica.

—¿Fue hace mucho? —insistí.

—Yo tenía unos cuatro años.

—¿Y lo recuerdas?

—Sí —respondió únicamente Juan. Luego le dio un mordisco grande a su torta y supe que no debía preguntar más. Todos seguimos comiendo.





Yo, Juan, conozco al Hombre invisible

Claro que lo recuerdo. Pienso que hay imágenes y hechos que nunca olvidas, aunque hayas sido muy pequeño. De pronto podría parecer parte de un sueño. De pronto creo que confundo mis recuerdos con los de otras personas que relatan lo que pasó. Pero yo entiendo y entendí la historia a mi manera.

Ese día todo se oscureció. Papá y yo estábamos viendo nuestra serie favorita: *Superagente 86*, mientras mamá escribía en su computadora. “¡Se fue la luz!”, gritó mamá, y papá, que acostumbra resolverlo todo como el hombre herramientas, dijo que lo arreglaría.

Quise seguir a papá como Rayita, nuestra gata, me sigue cuando tiene hambre, pero papá me detuvo:

—Está lloviendo —dijo, y salió con su caja de herramientas en la mano. Iba a cambiar los fusibles.

Me asomé por la ventana para verlo y esperar a que volvieran él y la luz. Quería que siguiéramos viendo nuestra serie. Pero la espera fue larga. Me sorprende cómo un accidente se mete dentro de las actividades normales y rompe para siempre su curso. Desde ese momento papá no volvió a ser el mis-

mo. Fue un antes y un después, como cuando dicen en los libros de historia “antes de Cristo” o “después de Cristo”.

En ese momento, se escuchó un tronido, un ruido que recordaré siempre. *¡Es una bomba!*, pensé, porque justo en la serie veíamos cómo el agente lograba desactivar algunas que ponían los villanos. Me pareció lógico que un tronido tan fuerte fuera el de una bomba, y vi cómo mi papá se levantaba por los aires hasta azotar de nuevo en el piso. Me asusté mucho. Mi papá salió volando como si un cañón lo hubiera lanzado. En ese momento no entendí nada. Grité a mi mamá y ella ya venía bajando deprisa las escaleras. Sus pasos eran tan rápidos como mi respiración. Bajó y la vi acercarse a mi papá. Ella no sabía si tocarlo, no sabía qué hacer. Me dolió ver a mi mamá así, porque siempre parecía saberlo todo. Además comenzó a llorar y mi mamá nunca lloraba.

Estaba ahí, llorando junto a papá que no decía nada. Yo no sabía qué pasaba. A esa edad, en la serie veía que la gente sufría de bombazos, pero se levantaban y corrían. Papá no se levantó ni corrió. Quise bajar para saber qué pasaba y en eso muchos vecinos salieron y empezaron a abrazar a mi mamá y a hacer llamadas.

Una de las vecinas, la señora Justina, ya no me dejó salir. Llegó hasta la casa y me empezó a hablar de cuentos y juguetes. *Pero, ¿qué le pasa a esta mujer?*, me acuerdo que pensé, *¿por qué me habla de esto ahora?*



Intenté salir, pero la señora Justina se puso frente a mí y me detuvo. “Esperate tantito. Ya viene tu mamá”, dijo.

Pero mamá no volvió esa noche. Yo no podía dormir. Recordaba el “oao, oao” de las ambulancias. Ya tenía tiempo que se habían ido, pero mis papás no regresaban y esa señora seguía metida en mi cuarto, obligándome a estar acostado.

La señora Justina parecía de piedra, parada junto a la puerta, y no dejaba de mirarme. De pronto me empecé a sentir muy mal porque creí que mis deseos de ver al *Superagente 86* habían hecho que todo pasara. Yo quería que volviera la luz. *Y si papá no hubiera bajado a tratar de arreglarla, tal vez ahorita estaría conmigo*, pensaba y pensaba mientras esa señora no paraba de vigilarme.

Por fortuna después llegó mi abuelita y la señora Justina se fue. *¡Mi abuelita siempre me rescata!*, me dije. Sin embargo, ella también insistió en decir que me durmiera.

—¿Y mis papás? —le pregunté, ya un poco enojado de no saber nada y de que nadie me dijera nada, ninguna verdad.

—No te preocupes, ya no tardan —contestó.

No entendía por qué mi abuela aparentaba que nada grave había pasado. Eso me molestó más.

—Mi papá salió volando por los aires —le dije para hacerle notar lo grave de la situación.

—Sí, hijo, no pasa nada. Vamos a esperar a mamá.

Recuerdo que me enojé con mi abuelita y no le insistí más porque tenía una sonrisa rara. Cuando me tomó del brazo sus dedos estaban duros. No eran blanditos como otras veces que me abraza. Me quedé dormido después de un largo rato.

Cuando desperté mi abuelita seguía ahí. No había regresado mi mamá, menos mi papá, pero mejor ya no pregunté nada. Mi abuelita subía y bajaba, perseguida por Rayita, que tenía hambre. Iba y venía por toda la casa. Me sirvió la comida. No quise nada y, sorprendentemente, ella no me insistió. Sólo se llevó los platos.

Cuando al fin vino mamá, estaba entre feliz y nervioso. Tenía miedo de que me dijera algo muy malo. Recuerdo que me abrazó y susurró:



—Papá estará bien, no te preocupes.

Pasé muchos días con la abuela. Mamá sólo aparecía de pronto para llevarse algunas cosas y siempre repetía: “Papá estará bien”.

Cuando papá por fin regresó, sentí un gran alivio, aunque también susto porque me pareció una momia. Estaba completamente vendado y no podía andar. Sus movimientos eran pausados. Quise abrazarlo pero mamá me detuvo en el aire, como lo hacía con Rayita cuando no quería que le ensuciara la ropa.

Empecé a llorar. Fue extraño, ya que en esos días no había llorado. Entonces mamá me explicó:

—A papá le duele el cuerpo. Debes tener cuidado.

Cuando le quitaron las vendas, vi que mi papá ya no era el mismo. Tenía otro rostro. Muchos se horrorizaban al verlo, pero yo preferí pensar que, como en las historias de superhéroes, él se había transformado. Sólo eso. Al final seguía siendo mi papá. Y le dije un día, mientras estaba acostado:

—¡Ya sé que eres un héroe!

Papá se sorprendió, así que le expliqué que, como el hombre araña, había sufrido un accidente, pero que tal vez ahora tendría unos poderes especiales que antes no. Él me siguió el juego y me dijo que sí, pero que le guardara el secreto para que nadie más se diera cuenta.

Aquel día no regresó la luz, pero papá se convirtió en un héroe para mí, mejor que el *Superagente 86*, porque es muy valiente y ha sabido salir adelante. Ahora me lleva a la escuela y voy feliz de su mano. Los demás niños se sorprenden y se burlan de su cara, pero a mí no me importa.

También hay quienes en la calle voltean la mirada como si no lo hubieran visto. Supongo que es porque no saben qué cara hacer al verlo tan lastimado. Por eso me da la impresión de ir a veces con el Hombre invisible. Sobre todo cuando vamos juntos a comprar algo y los empleados se concentran en mí para evitar ver a papá, que está a mi lado. Pero a mí nada de eso me importa y a papá tampoco. Así como Rayita no cambió con él después de su accidente y siguió subiendo en su regazo y deseando estar cerca y pidiéndole comida, porque sabe que papá fuera de su apariencia es el mismo, yo tampoco cambié. Para mí él es visible, lo puedo tocar, sentir y, sobre todo, querer.



Yo, Frank

Estábamos callados hasta que después de un rato la colombiana le preguntó a Juan:

—A su papá parece no haberle afectado mucho el accidente, ¿verdad? Se ve muy seguro y contento.

Me quedé asombrado de que Endi tuviera tan poca discreción para andar diciendo eso. Yo ya había entendido que Juan no quería hablar más del tema.

Supongo que así son los extranjeros, tienen menos miedo de hablar de intimidades.

—Sí, ha tenido consecuencias, pero sigue adelante —respondió Juan.

—Así debe ser. Los accidentes son feos porque te hacen perder de repente algo que uno quiere mucho. Yo perdí mi pierna.

Todos nos miramos mutuamente con los ojos de plato y fue como si en nuestro interior una vajilla completa se hubiera roto, así de sorprendidos estábamos de que dijera eso, pero Endi ni se dio cuenta porque se estaba levantando el pantalón para descubrirnos una prótesis que hacía de pierna. Esa era la razón por la que la veíamos cojear, aunque nunca se lo hubiéramos preguntado.

—Cuando pasó fue difícil entender que ya no tendría mi pierna, pero al rato comprendí que debía aprender a vivir con lo que me quedaba. Luego tuve la fortuna de que me dieran esta prótesis y pude volver a caminar.

—¿Y cómo perdiste la pierna? —le preguntó Juan.

—Fue por una mina. Allá en Colombia hay minas sembradas para hacer que estallen los enemigos, pero luego uno anda de paseo y te toca que te exploten sin que tú seas de ningún bando. Fue muy feo. Recuerdo el ardor que sentí. Pero después también sentí alivio de estar viva, aunque hubiera perdido mi pierna. Yo no habría preferido estar muerta.

—Ni yo que mi papá se muriera. Por eso no me importa que la gente se espante o se burle de él cuando lo ven en la calle y piensen que es un monstruo. Las apariencias engañan. Él es mi papá y para nada habría preferido que muriera.

Cuando Juan mencionó eso de “que la gente se burle”, algunos me miraron de reojo, pero eso es muy injusto. Yo nunca me he burlado de su papá. Es más, ni me he burlado de Endi ni de su cojera. Hay cosas de las que no me burlo. Al final no soy tan malo, aunque a todos les dé por pensar lo contrario. Pero ya cuando creen que eres malo, te culpan de todo y te achacan todo lo negativo. Como los maestros, que suponen siempre que soy el culpable de todo lo malo que pasa.

No sé qué sea peor, temerle a un monstruo o que el monstruo seas tú y tus papás y tus compañeros te tengan miedo.

Mis papás parecen tenerme miedo y es frustrante. Cuando me enojo, corren a comprarme las papas que me gustan a la tienda o me traen un pastelillo. Cuando vamos de compras, basta con que me enoje un poquito para que nos llevemos todo lo que se me antoje. Mi mamá se la pasa nerviosa, diciéndole a mi papá: “Que no se enoje el niño, que no se enoje el niño”, y eso me alegra, pero también me hace sentir como si fuera terrible. Alguien despreciable a quien todos temen. Como el dragón al que deben llevar sacrificios para que no quemé la aldea. Y al final es como si nadie me escuchara ni me preguntara cómo estoy. Sólo me complacen. Pasa lo mismo en la escuela, supongo que es así porque tienen miedo de que los moleste. Y es que la verdad sí me gusta molestar, me gusta provocar a la gente para que se salga de sus casillas y explote, para ver si así me hace caso. Pero creo que es peor. Todos me ignoran más.

Ni los maestros me pelan. Bueno, sí, ellos llaman a mis padres cuando me pasé mucho de la raya. Pero mis papás no me castigan. Hasta pienso que no

les importa lo que haga porque no les intereso. A veces quisiera que fueran un poquito malos conmigo, pero cuando salimos de las juntas con la maestra hasta me premian por mi mala conducta. Mi mamá me pregunta por qué estoy haciendo eso y qué necesito para portarme mejor. Luego vamos al centro comercial y me compra un helado. Me explica que así como ella es buena conmigo, yo debo ser bueno con los maestros. Luego regresamos a la casa y todo sigue normal.

Entonces me quedo pensando que de verdad soy un monstruo. Que soy muy malo y que hago cosas sin razón, sin justificación, sólo porque soy malo.

Y es difícil vivir asumiendo el papel del monstruo de la peli, porque es como si ya nunca pudieras abandonar esa pose. Cada que llego a la escuela y me miran todos un poco temerosos,



incluso los maestros, me doy cuenta de que no me queda más remedio que ser quien soy y molestar a los demás. Portarme mal, ser burlón, porque eso es lo que soy y se espera de mí. Pero no me quedo tan contento. Al final sí se siente feo pensar que eres monstruoso.

Y como ya todos me estaban volviendo a ver como si fuera un villano, decidí que no importaba desgastarme por ello y me concentré en terminar mi almuerzo. Fue cuando escuché decir a Paola:

—¿Quieren un pedacito de chocolate?





Yo, Paola

Me impresionó escuchar a Endi. Sí veía que cojeaba, pero no me imaginé que le faltara una pierna. Y a pesar de todo es feliz. También el papá de Juan, aunque tuvo un terrible accidente que lo dejó deforme. Ojalá mi mamá supiera salir adelante como ellos. Lo malo es que no sé qué perdió ella o por qué su duelo. Hay accidentes que no se ven a simple vista.

Endi dijo que sí tuvo un duelo por su pierna y lloró y se sintió triste. Pienso que así debe estar mi mamá, pero no sé qué es lo que le hace falta. Ojalá me lo dijera en vez de culpar a la cebolla por sus lágrimas.

Ver lo valientes que son Endi y Juan me da ánimos. Empiezo a sonreír y Frank se me queda viendo. Yo creo que está sorprendido de que no siga con ganas de llorar. No consiguió su objetivo.

Creo que partiré el chocolate para repartirlo entre todos. Seis pedazos: uno para cada quien. Nunca se sabe qué tanto necesita alguien un dulce para alegrarse la vida. Incluso Frank y Luis, que son tan odiosos.



Yo, Frank, me conozco

Paola había partido el chocolate para compartirlo. Pensé que a mí no me daría porque la estuve molestando, pero cuando terminó de dar a los demás me ofreció un trozo también. No entendí por qué. Ella pareció leer mi pensamiento y me dijo:

—Ten, partí para todos porque todos nos merecemos un cacho.

Acepté el pedazo y me lo comí. Supe que Paola no era tan payasa como había creído. Que use coletas y esté bien vestida no quiere decir que sea grosera o se crea más que nosotros. Ahí estaba, repartiendo su chocolate y dándome un pedazo, incluso a mí, el monstruo.

Luego pensé que no soy tan monstruoso en realidad. Mi propio amigo Luis lo sabe y me lo dijo. Es más, Juan también lo afirmó. Y yo lo sé, porque a pesar de que todos crean que a veces me paso de la raya, tengo mis límites. Sí, soy burlón, pero nunca estaría feliz con las desgracias de los demás. Así que de verdad no soy tan malo.

Miré a mis compañeros: Cinthia, que se comía feliz el chocolate, con ese gesto de despreocupación y buena onda que la caracterizan; Juan, orgullo-



so de su papá y soportando con valentía todas las miradas indiscretas en la calle o los rostros que aparentan no verlos cuando va de la mano con él; Luis, que parece tan mala onda a veces, pero yo sé que es un gran amigo, que siempre apoya, aunque a veces sea tan misterioso y guarde secretos; Endi, feliz a pesar de lo que ha vivido, y tan alegre que hasta me da envidia, y Paola, que hoy extrañamente llegó sin peinar y parecía un fantasma, pero que al final nos compartió de su chocolate, aunque no hayamos sido muy buenos con ella. Todos estábamos ahí, comiendo el dulce y sintiéndonos cómplices de algo.

Y lo somos. Estamos juntos en un grupo coral que formó el maestro de música. Somos muy diferentes, y creo que en realidad no nos conocemos. Por ejemplo, Endi sólo me había parecido una niña rarita que salió de la nada. Nunca le había preguntado sobre su país ni cómo la está pasando en México. Por eso me sorprendió mucho su historia.

También reflexioné sobre Paola: llegó despeinada hoy y se veía triste. Probablemente le pasó algo, pero yo sólo me ocupé de reírme de ella. Ni por equivocación le pregunté qué le ocurría. Bueno, pero ni se lo pregunto a Luis. No conozco bien a mi mejor amigo. Cuando estamos juntos sólo hablamos de videojuegos y de Youtube, pero no me he atrevido a preguntarle si tiene papá, por ejemplo, porque nunca habla de él. Así tampoco ellos me conocen a mí. Creen que sólo soy burlón y vacío, pero soy más que eso.

Lo que sí sabemos es que los seis resultamos tener las mejores voces de toda la escuela. Por eso el maestro de música nos seleccionó y juntó en un grupo.

Después de terminar nuestro almuerzo, el maestro nos llamó para seguir con los ensayos. Vocalizamos y el profe nos aseguró que éramos especiales y que lo haríamos saber a todos con nuestras voces. Nos pidió cantar con muchas ganas.

Y le hicimos caso. Ese día cantamos como los mismos ángeles. Yo miré a mis compañeros, todos concentrados, como si en ese momento nada importara más que cantar. También todos, supongo, aún sentíamos el sabor del chocolate en la boca, a pesar de lo amargo que fue saber lo que vivieron Endi y Juan.

Cantábamos con esa mezcla de dolor y dulzura. Supimos que éramos especiales, como dijo el maestro, aunque ninguno de nosotros se atreviera a confesarlo. Yo me di cuenta de que al final así somos los seres humanos: esa mezcla de horror y belleza. Y supe que yo no era más monstruo que nadie.

Solté mi voz, como si con ella liberara la supuesta maldad que guardo, y escuché las voces de todos cantar conmigo, en armonía, sin importar nuestras peleas ni problemas de antes. Todo quedó olvidado y cualquiera que nos oyera, pensó, sabría que tenemos adentro un pedacito de cielo.

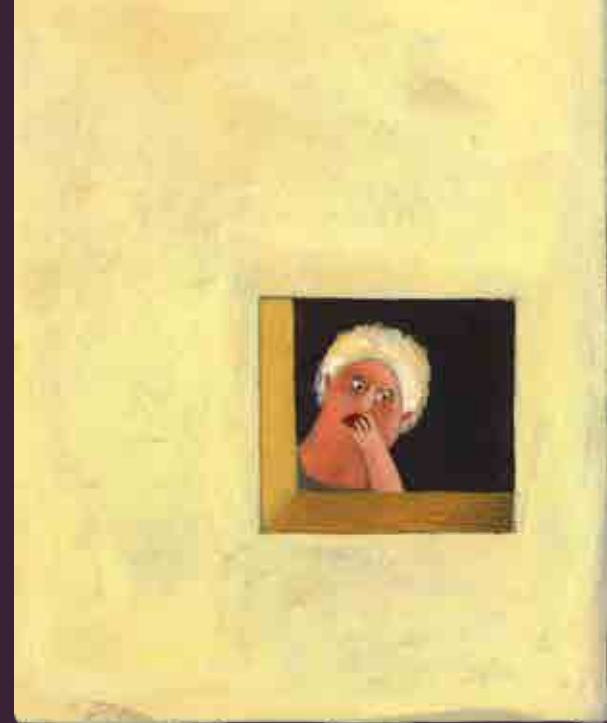






Elizabeth Cruz Madrid

estudió Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se ha desempeñado como periodista en medios mexicanos como Radio UNAM, *El Universal* y *El Financiero*; en este último realizó, alrededor de cuatro años, la columna “Para niños que leen”. Desde 2007 es autora y editora de diversos libros educativos en editoriales como Santillana, Sistema UNO, Castillo, Esfinge, la Universidad de Nuevo León, entre otras.



En 2011 ganó el primer lugar del concurso de cuentos infantiles “Cuenta Conmigo”, convocado por el Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe), así como el segundo lugar del concurso de cuentos sobre alebrijes del Museo de Arte Popular (MAP) y obtuvo mención honorífica en el Tercer Concurso Internacional Inventiones, 2011, impulsado por la editorial Nostra Ediciones.



Rocío Solís Cuevas (ciudad de México) es egresada de la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y del diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración (2013). Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal,

el Consejo Estatal de Población del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Entre sus trabajos como ilustradora figuran la *Guía infantil del Museo Nacional del Virreinato*, *Gregoria la Grande* y *Rostros de la lectura*.

Entre monstruos, de Elizabeth Cruz Madrid, se terminó de imprimir en xxxxxx de 2015, en los talleres gráficos xxxxx xxxxxx xxxxx xx xxxxx, ubicados en xxxxx xxxxx núm. xx, xxxxx xxxxx. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Sassoon Infant*, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.

